

CÉSAR CID GIL

ACOMPañAR EL FINAL

Prosa para una muerte serena

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2019

ÍNDICE

Prólogo.....	XIII
Razón de esta obra.....	XVII
María y la compasión.....	3
Cruz gastada.....	4
Encuentro.....	5
Luz de Luz.....	6
Maternidad sagrada.....	7
Palabras doloridas.....	8
El último mar.....	9
Horas desiertas.....	10
Ahora vuela.....	11
Sueños de eternidad.....	12
Luz y esperanza.....	13
Una paz nueva.....	14
Amén.....	15
Recordarás.....	16
De plomo y tiempo.....	17
Abrazo eterno.....	18
Al borde de la luz.....	19
La última mirada.....	20
Camino de tiza.....	21
Lucía.....	22
El (sagrado) corazón de Benito.....	23
A media voz.....	24
Caeré contigo.....	25
Valentina.....	26
Su mirada.....	27
La locura de la cruz.....	28
Mírame.....	29

ÍNDICE

En tu dolor.....	30
Dios secará tus lágrimas.....	31
Transitar en Cristo	33
Del alma.....	34
Pan de Amor.....	36
¿Quién eres, Misericordia?	37
Plegaria.....	38
Ora el cuerpo	39
Amar sin medida.....	40
Cuando quieras volver	41
Espero.....	42
El silencio de la verdad.....	43
Recuerdos sombreados	44
Impotencia transfigurada	45
Tu mirar aquel	46
Mi Dios y tu nada.....	47
Cultivar sonrisas	48
Velad.....	49
Soy Tomás.....	50
Amor incomparable	51
Es penumbra.....	52
Paz	53
Mariano	54
Voy a quedarme.....	55
Gracias	56
Vida y silencio	57
Como Él te ve	58
Contempla.....	59
Un día cualquiera	60
Simiente divina	61
Luz que te espera	62
Aunque no me veas	63
Anhelos de eternidad.....	64
Razones de María.....	65
Espero.....	66

ÍNDICE

Confía, hermana	67
Morir de silencio	69
A la medida de Dios	71
María, puerta del cielo	73
Acercarse a Dios	75
Querido Job	77
¿Qué tiempo?	79
Sentido de la vida	80
Morir en la misericordia	81
En su presencia	83
La culpa, el tiempo y Dios	84
De manos y voces	86
Amor derramado	87
Ora	88
Pilar y el olvido	89
Epílogo: 364 días	91
Gracias por leernos	95

PRÓLOGO

«En la prueba y en la enfermedad, Dios nos visita misteriosamente y si nos abandonamos a su voluntad, podemos experimentar la fuerza de su amor».

(Benedicto XVI)

Este es un libro que habla de visitas, las de un diácono a enfermos, muchos de ellos en Cuidados Paliativos, pero sobre todo de la visita misteriosa que Dios hace al enfermo. Prosa poética para convertir en palabras la más íntima experiencia, la más profunda que se puede dar, el diálogo con Dios de aquél que parte de este mundo al encuentro con el Amor. El misterio de los últimos susurros y del silencio, del postrero dolor y la paz. Breves relatos de intensos momentos, que perduran en la memoria y en el corazón de César Cid, acompañando a enfermos que están en sus últimos pasos en este valle de lágrimas y a los que ha llevado el consuelo de la presencia y la oración, recogiendo sus palabras con cuidado y silencio.

Muchas veces nos encontramos ante la enfermedad y el sufrimiento sin saber qué decir, impotentes, incluso avergonzados ante nuestra falta de respuestas a tantos interrogantes. César nos enseña a mirar y contemplar para descubrir que la enfermedad nos desarma, nos hace vulnerables y necesitados de la compañía de los demás. Ante la persona enferma no cuentan tanto las palabras como la presencia porque, más que lo que podamos decir, importa la cercanía serena y sincera. Y, ¿qué hay más cercano y más íntimo que la oración? Una oración sencilla, dejando que hable el corazón, sabiendo que no

hay un suspiro que pase desapercibido para Dios y permitiendo que el protagonismo sea de Aquel que puede llenar el vacío con su amor, en un instante.

De esta oración nos habla esta obra y nos acerca a personas que mueren, pero que nos transmiten esperanza. Nos adentramos en las vivencias de «una madre que no pudo dar vida en el mundo y concibió para Dios», de una mujer que lleva «quince años que han sido un desfile de lamentos», de un marino que «de puerto en puerto varó su alma en botellas llenas de savia mortal», de Lucía y su «sonrisa fugaz», de Benito con su «vida sencilla e intensa» y su oficio de «hacer feliz al prójimo», de Valentina que vivió «para dar vida y cuidarla», de un joven al que «le rompieron la vida en un momento y quedó tendido como un trapo, envuelto en rojo muerte y abandonado».

Con todos ellos el autor ha orado, y se ha dejado tocar por sus vidas y su enfermedad, ha hecho suyo el dolor queriendo mitigar sus sufrimientos, para que «la angustia dé la vuelta y se lo piense», ha llorado con ellos y ha reído con sus recuerdos, ha estrechado sus manos y se ha dejado estrechar el corazón, y estas páginas, retazos de vida que no de muerte, nos permiten no solo asomarnos, sino adentrarnos y unirnos a esta oración, a estos recuerdos y estás lágrimas. De la mano experimentada del autor descubriremos cómo las habitaciones de los enfermos «se pueden convertir en lugares privilegiados donde se testimonia el amor cristiano que alimenta la esperanza y suscita propósitos de solidaridad fraterna» como recordaba Benedicto XVI al visitar un hospital en Roma, haciendo palpable que «en medio de la vida que nos duele brota la Vida de quien nos ama».

Nos encontramos en una escuela para aprender a mirar. Cada enfermo, de una manera u otra, ha ido encon-

trándose mirado por Dios, con compasión y ternura, experimentando nuevamente su dignidad de hijo llamado a vivir en la casa del Padre. Desde la mirada del Padre nosotros somos enseñados a contemplar al que sufre, a mirar en él a Jesús crucificado... Solo así podremos cuidar a la manera de Dios.

«Descálzate, porque el sitio que pisas es sagrado» (Jos 5,15). Este es un libro para leer descalzo, querido lector, porque estas páginas son tierra sagrada y se van a convertir en encuentros con Dios para todo el que se acerque a ellas con el corazón abierto, aprendiendo que «acompañar el sufrimiento al final de la vida supone potenciar la vida como el regalo que es, en todo su valor», y que morir es dejar hacer a Dios y contemplarlo.

Almudena Delgado

RAZÓN DE ESTA OBRA

La enfermedad para el tiempo, agita los sentidos y nos obliga a mirar la vida (la propia) desde el margen inevitable del lecho al que nos conduce. Es la mirada en la que me fijo hoy, valga la ambigüedad. Nos presta una luz para observar pequeñas cosas en las que no nos habíamos fijado. Nos revela a personas que tal vez nos parecieron insignificantes, pero sobre todo nos cambia ideas y opiniones en las que se basaba nuestra cotidianidad. Quizá no nos guste este selfie, tan de moda, precisamente porque es la imagen exacta de lo que somos.

La enfermedad es una llamada que no esperábamos, una cita inesperada con nuestra vulnerabilidad que nos sorprende con la realidad mas cruda. Claro que la enfermedad suscita un significado por el sufrimiento que genera y por la situación que revela. Si seguimos mirando más allá de las lágrimas, encontraremos la fortaleza del alma, el espacio intocable, el recinto custodiado.

El dolor no se cura con palabras; como las promesas, se las lleva el viento... Es posible aliviarlo a veces, pero solo se obtienen resultados si se comparte. No se trata de dar, sino de compartir verdaderamente. Solo así nos desprendemos del fantasma del auto consuelo y la mala conciencia. Job advierte la generosidad de quienes intentan consolarle, pero les hace saber la inutilidad de sus esfuerzos.

Compartir es la entraña de la compasión verdadera, el mecanismo que de verdad alivia el peso de quien sufre. A veces esperamos coherencia de quien sufre y lo que necesita no son razones, sino abrazos. Quizá hablamos mucho de Dios al enfermo y poco a Dios de quien

tanto sufre. Se trata de compartir el sufrimiento orando. Parece fácil. Ante el enfermo, la presencia de Dios reconfigura la vida y transforma los corazones en la dinámica divina de la caridad.

En la cotidianidad de mi ministerio vivo muchos momentos apasionantes. El culmen es la oración directa con el enfermo al final de la vida. Reposo mi mano izquierda sobre su frente para hacer mi oración personal previamente, tras presentarme a su familia y amigos presentes en la habitación. Durante unos minutos doy gracias Dios por permitirme participar del acontecimiento sublime a que toda vida está orientada. Y desde mi pobreza, le hablo del hermano que viaja, para que salga a su encuentro y alivie el peso que su alma arrastra. Inmediatamente después me dirijo a los presentes para ambientar el encuentro desde la fe, en la presencia segura del Espíritu Santo.

Y en presencia de Dios les invito a que den gracias por la vida que transita hacia el encuentro. Unos minutos después encomendamos juntos su alma y abrimos el corazón en un momento único y sagrado. Quienes oramos con enfermos podemos comprobar que no hay un suspiro que pase desapercibido para Dios. Ante las tradiciones que supeditan la biología a favor de la mente y la conciencia, afirmo que el cuerpo ora en misteriosa unidad con todo el ser.

Compruebo cómo cuerpos quebrantados por la enfermedad expresan cierta fortaleza incomprensible y reaccionan espiritualmente para sorpresa de todos. Incluso que en el momento de la muerte sucede una transformación evidente, con signos de paz y serenidad. No es casual que el factor físico desempeñe un papel vital en la espiritualidad del hombre y su preparación sea fundamental.

Que todo sufrimiento activa cierta propensión al encuentro con Dios está demostrado en los místicos. Santa Teresa afirma que no se accede a la séptima morada sin flaquezas y dolores físicos. Quisiera revelaros la importancia de orar con los enfermos al final de la vida, en una actitud de entrega y contemplación. Se trata de un regalo inmerecido, accesible a cualquiera. Siento que tal labor llega a sublimarse en el momento en que el acompañante desaparece, para que el enfermo perciba la presencia de Dios sin ataduras. Esta mística del acompañamiento define maravillosamente el sentido de la oración con el enfermo incurable. Solo importa Dios y el enfermo. En la instrumentalidad del servicio obra la Gracia, pese a nuestra pobreza y pequeñez.

Cada texto de esta obra nació de la experiencia de oración con un hermano, en diferentes circunstancias. Generalmente dicho contenido suele encontrarse en formatos tipo ensayo. Sin embargo escribo generalmente en prosa poética como un mecanismo natural, articulando distintas voces.

En el encuentro con Él, Dios sostendrá nuestra debilidad para que descubramos el sentido misterioso de lo que nos espera. Así de débil podrá Dios fortalecerme. Así convertirá Él mi pena en alegría para otros, amigos o enemigos. Así.

César Cid

